

Entrevista a Daniel Tirso Fiorotto

Daniel Tirso Fiorotto: "Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

Realización y edición: Ariel Vittor.
Desgrabación: Victoria Valmarrosa.
Abril de 2010.

Sobre el entrevistado

Daniel Tirso Fiorotto es Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Nacional de Entre Ríos. Ha ejercido el periodismo durante más de 25 años en medios gráficos, radiales, televisivos y digitales. Se ha desempeñado como jefe de redacción en varios medios escritos de la provincia. Fue corresponsal en Entre Ríos del diario *La Nación* de Buenos Aires durante una década. Es redactor del diario *Uno* y del semanario *Análisis*. Miembro fundador del centro de estudios Junta Americana por los Pueblos Libres. Coautor del libro *Entre Ríos, identidades y patrimonios* (Dunken, 2008). Docente de Investigación y Redacción Periodística en la Sede Paraná de la Escuela Terciaria de Estudios Radiofónicos (ETER). Guionista del documental *Diciembre sangriento*, referido a la crisis de 2001 en Entre Ríos, ternado para los premios Martín Fierro. Ha sido premiado por ADEPA por sus trabajos sobre medio ambiente.

En el mundo de los medios de comunicación, tan plagado de ruidos en el sentido de lo que la vieja Teoría de la Información definió como ruido, cada vez resulta más difícil encontrar comunicadores de pluma fina que digan cosas inteligentes, que puedan sorprender al que los lee ó escucha. Si pretendemos que también deba distinguirse por su buena disposición y generosidad, la búsqueda se torna aún más difícil. Daniel Tirso Fiorotto es uno de los pocos que aúna armónicamente estas cualidades.

Quien esto escribe sabe bien que Tirso despreciaría la denominación de "intelectual" aplicada a su persona. Pero si por tal entendemos aquel que se dedica a pensar y a reflexionar sistemática y curiosamente, con apego a un método, recortando criteriosamente sus objetos de estudio, ejerciendo la más absoluta honestidad intelectual, y trabajando desinteresadamente, quien esto firma no tiene la más mínima duda de que Tirso merece ese calificativo mucho más que unos cuantos integrantes de la numerosa tropa de altaneros y soberbios personajes que deambulan por la universidad mostrando sus ignorancias y pretendiendo que se los reconozca como intelectuales.

Se puede discrepar con Tirso Fiorotto. Pero no se puede dejar de saludar y respetar su perspicacia, su vasta formación y su generosidad. En abril de 2010 lo entrevisté para *Tiempo de Gestión*.

Ariel Vittor: Tirso, vos te has preocupado por el tema de la identidad entrerriana, ¿creés que realmente existe algo que pueda llamarse así, "identidad entrerriana"? ¿En qué consistiría?

Daniel Tirso Fiorotto: He constatado que nos gusta ser entrerrianos. Sin rivalidad. No envidiamos ni el paisaje, ni las culturas, ni las obras artísticas, ni las tonadas de otras zonas. Tenemos un cierto sentido de pertenencia, mayor o menor según las ciudades y las clases sociales y los oficios, y eso se expresa de varias maneras. De hecho, nos parecemos bastante a los orientales en nuestra costumbre del mate ¿no?. Pero en el natural intercambio con otras regiones del planeta nos encontramos en desventaja, por eso estamos sufriendo un proceso de penetración que es grave porque nos sorprende cándidos. Eso explica que en distintas agrupaciones aparezcan respuestas a este proceso, porque algunos lo ven, toman conciencia, y buscan el modo de enfrentar la globalización,

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

esta globalización estandarizadora, que nos calza el uniforme. Pero eso no significa que encontremos el modo, sea para resistir o para revertir la tendencia. Sentimos el ventarrón y no siempre nos agarramos de algo sólido.

A. V.: Pero entonces, si la identidad entrerriana está a la vez cruzada por la transnacionalización de la economía, que se disfraza de globalización, ¿podemos seguir hablando de identidad en esos contextos?, ¿o estamos tan transnacionalizados que nos parecemos a otro país?

D. T. F.: Creo que sí podemos hablar de identidad, nosotros tenemos en estos momentos un problema de transferencia de capitales, de los medios de producción y de los servicios a las multinacionales y a los grupos concentrados, eso pasa en el ferrocarril, en los bancos, en el uso y la tenencia de la tierra, podemos enumerar una decena de resortes principales de la economía que han sido transferidos a las multinacionales, hemos tenido un retroceso abrupto, todo en contra de los trabajadores y de las pymes en plena democracia, desde el menemismo a este mismo momento. Están los frigoríficos que son de las multinacionales o están los grupos concentrados, como *Cargill* en los granos, y también en los frigoríficos de pollo, acá en la provincia antes eran 5, ahora son 10 o 12, pero antes había también centenares de avicultores pequeños, hay un proceso de concentración ahí también. La concentración de la economía y la desnacionalización es lo que marca a Entre Ríos en los últimos 20 años, pero al mismo tiempo hay una resistencia de sectores ambientales de la producción, trabajadores, gremios, que sostienen una diversidad natural, cultural y económica. Yo veo esa puja entre la diversidad y la uniformidad. Nosotros somos la provincia que más creció en soja, que absorbió la mayor parte de las tierras cultivables. Antes el 7% de los cultivos era soja, hoy es el 70%. Sin embargo tenemos una provincia diversa que se sostiene con citrus, mandarinas y naranjas, somos primeros en arroz, en pollo y en pescado de río. También podemos hablar del medio ambiente, tenemos humedales y montes extraordinarios. Hay una economía más o menos arraigada en sectores diversos que otras provincias no tienen, a nosotros nos falta un desarrollo industrial tecnológico importante. Si bien nuestra soja se va a China, Europa o a Santa Fe para hacer aceite, nuestra soja es una

economía primaria y extractiva, sin embargo, al tener frutales, pollo, una fábrica de huevo líquido y en polvo y pequeños parques industriales importantes como Gualeguaychú y una actividad turística importante como los carnavales de Gualeguaychú, Colón o las termas... Hay una diversidad que resiste... Al mismo tiempo, esa colonización es lenta y nos da tiempo para la resistencia necesaria. Es obvio que en el mundo moderno hay que interactuar, conocer otras culturas, pero sin afán imperialista. El mundo actual busca la uniformidad de acuerdo al modo imperialista estadounidense y europeo. Contra eso hay que resistir porque no podemos aceptar que hagamos tabla rasa de lo nuestro para pintarnos de acuerdo a la bandera del imperio. Hay instituciones que resisten, creo que si vos evaluás los oficios, o ciertos gustos musicales, o formas de conversar o cierta relación con el ambiente, que es muy especial por tratarse de una provincia que tiene 40.000 km. de ríos y arroyos; entonces estamos muy cercanos al mundo fluvial en todas las ciudades. Pero muchos ciudadanos comunes no saben esto porque no hay accesos, no hay caminos y los que hay están mediados por terratenientes que han concentrado la tenencia de la tierra y no hay caminos internos para que el ciudadano común pueda ingresar a sus riquezas. A ese territorio que le cantó Fray Mocho como un paraíso. Pero aún pobreando, el pescador existe y tiene su oficio y su pequeño universo del agua, de los peces, de las redes, de la canoa, de la forma de hablar, de la forma de salir en invierno o verano, a la noche o a la madrugada, le da una identidad. Que el hecho de que haya tres o cuatro frigoríficos no significa que hayan destruido las características de nuestra familia. La identidad yo creo que está. Recorriendo Entre Ríos se pueden notar las características en la forma de hablar o tomar el mate. Fermín Chávez decía que nosotros tenemos una relación con los riograndenses que no ha sido explorada. Hay muchos entrerrianos herederos de esclavos riograndenses y muchos entrerrianos canarios, inmigrantes de las Islas Canarias, que fueron los primeros habitantes de Montevideo, y que después fue gente muy pobre que hacía changas en Uruguay y pasaba a Entre Ríos. El inmigrante no es sólo el italiano, el alemán, el español o el árabe, sino que también un español distinto que sería el maragato, gente islera o campesina, gente honesta que sabe escuchar.

Respecto de nuestra identidad, no todo es por la positiva, obviamente. Hay características más o menos generalizadas que hacen a la identidad y que no son, para nada, agradables. Tal vez una desidia de los entrerrianos

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

frente a la estructura expulsora de su economía, una tendencia a cerrar los ojos frente al latifundio y la concentración de las riquezas en distintos ámbitos, lo que revela cierto individualismo a pesar de nuestra fama de cooperativistas. Un cierto egoísmo ante el destino de las familias desterradas por el sistema. Eso habla muy mal de nosotros. Pero creo que la educación formal, los medios de comunicación masiva y las instituciones nacionales (como los partidos políticos) trabajan para ocultar las razones de nuestra decadencia, como le conviene al poder constituido. Por eso, muchos actúan con aparente desidia y en el fondo es con ignorancia. No hay diferencias entre las personas escolarizadas y las no escolarizadas, respecto del desconocimiento de su entorno, una ignorancia que frena o maniat a los entrerrianos a la hora de defender cosas comunes.

A. V.: ¿De qué otros modos se expresaría esa supuesta identidad?

D. T. F.: Hay muchos rasgos comunes, y el primero es que el entrerriano se siente entrerriano, huele la entrerrianía, mal que les pese a los eruditos que la rechazan de plano. El entrerriano no quiere que lo confundan con el bonaerense, con el santafesino, con el jujeño, con el correntino. Interactúa con ellos, pero ese orgullito entrerriano, como decía un poeta de Nogoyá, ese "orgullito manso", sin soberbias, nos está diciendo algo. La llamada Región Centro, por ejemplo, no genera eso, nadie se muere por considerarse de la Región Centro. Por otra parte, hoy mismo alzamos la bandera de la banda roja. No es impuesta, y es cierto que hay muchos que no la tienen incorporada, he comprobado eso en barrios de Paraná, donde ni siquiera la conocen. Esos entrerrianos no tienen acceso a los símbolos como no tienen acceso a la comida, a los servicios elementales, al trabajo digno. No cumplen con requisitos del ciudadano, se diría. Pero gran parte de la población la aprecia, y es una satisfacción para el alumno en la escuela, el jinete en una fiesta, el obrero en una marcha de protesta. Los políticos partidistas, que buscan votos, acostumbran ir a esta bandera en busca del prestigio que ellos no tienen. Claro que los profundos significados revolucionarios de la banda roja son también desconocidos para la mayoría.

Sería largo enumerar manifestaciones de la identidad. Hay gustos musicales más o menos emparentados al acordeón y la guitarra, en el mundo del chamamé y en el universo de la milonga. Es decir, aquí se

cultiva menos el violín, el siku, el charango, el bandoneón, por mencionar algunos cercanos, y un poco más la guitarra y el acordeón. Hay artistas exquisitos, capaces de poner ante el universo todo un rasgo de la entrerriana, el silbido, compartido con antiguos juglares del Viejo Mundo y muy arraigado aquí, en tierra de pájaros.

Hay modos de expresarse. Maneras muy propias de encarar el amor, la amistad. Hay palabras. Si una persona dice "mirá hermano, los gurises se pusieron a mojarrear", y pronuncia sin eses, bueno, es entrerriano o es orillero oriental. Y en las clases escolarizadas pasa algo parecido, también allí donde todo parece más cosmopolita. Entonces los profesionales arman un grupo ambiental y le llaman M'biguá, o Añangarecó Nderejé. Ese amor al idioma les viene en la cultura, no es un invento, no es forzado, es una identidad profunda. Nosotros tenemos una fuerte identidad en la toponimia de idiomas originarios, somos Ibicuy, Gualeguaychú, Paraná, Curuzú Chalí, Uruguay, y así podríamos seguir. Y bueno, en los ambientes de obreros urbanos se usan todavía expresiones campesinas, porque el éxodo es reciente. Los oficios dan identidad, y el cambio de oficios provocado por la concentración de la propiedad de los medios, como la tenencia y el uso de la tierra, y en parte también por la tecnología importada, desarticula las relaciones y los conocimientos, le quita hebras a esa urdimbre campesina y obrera, dispersa a las comunidades.

A. V.: También has trabajado como docente, al igual que yo, ¿cuál es tu visión sobre la apropiación del pasado que hacen los jóvenes de este momento?

D. T. F.: El desarraigo creciente le regala al sistema globalizado una juventud más o menos a la deriva, que se torna bastante apta para el consumismo y que a veces termina menospreciando, por desconocimiento, los modos, los ritmos y las riquezas propias. Somos víctimas de un sistema que nos trajo la tecnología invasiva, y no nos encontró preparados. Entonces la escuela, las instituciones, y las familias mismas, no tienen ámbitos para el intercambio natural de conocimientos, costumbres, modos, creencias, y esa charla en rueda de mate que generó una cultura con cierta identidad, herencia aborígen, está siendo reemplazada por la incomunicación. Cambiar la rueda de mate por la media luna frente al televisor ha sido un retroceso. En vez de los temas

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

del entorno, y de las miradas propias, se escucha una agenda armada desde Buenos Aires o en los Estados Unidos. A la juventud se le hace difícil conocer su entorno natural, cultural, musical, laboral, histórico, y se le hace muy fácil conocer la farándula porteña y los actores estadounidenses. Con la reunión de los chicos para jugar ante una pantalla ocurre algo similar.

Respecto de la apropiación del pasado, he visto gran interés en algunos jóvenes, y gran interés también en muchos adultos, pero la tendencia al desarraigo tiene un poderoso aliado: el Estado. Lo que gran parte de la sociedad intercambia con identidad es literalmente ignorado y menospreciado por la escuela y la universidad, que responden a intereses distintos. La universidad no ha sabido qué hacer con algún grado de autonomía. Ver a muchos profesores y alumnos adherir al primer guiño que les haga el poder resulta sintomático. El voluntarismo de algunos docentes no frena ni modifica esa estructura. Entonces, qué apropiación del pasado pueden hacer los jóvenes, si su entorno los predispone al desarraigo, si los docentes y los padres no cuentan en general con herramientas, con soportes, que colaboren en la consolidación de los rasgos de identidad. Así, los jóvenes que deseen conocer asuntos de la enterrrianía no los encontrarán en la educación formal. Allí está profundamente ausente el charrúa, está ausente José Artigas, está ausente la banda roja, están ausentes los pájaros, los peces, los árboles, los ritmos, están ausentes Aníbal Sampayo y Atahualpa Yupanqui. La escolarización está enferma de prejuicios, muchos docentes les hacen creer a los adultos que la única forma de lograr un reconocimiento social es pintar o escribir poesías, y es porque eso es lo que les da de vivir a los docentes. Entonces todos los oficios que puedan conocer y practicar con solvencia esas personas son ninguneados. Algunos adultos son muy cultos, con un extraordinario bagaje de conocimientos, saben seleccionar alimentos, tejer, coser, distinguen animales, vegetales, obras de la tecnología, saben de mecánica, de cultivos, de artesanías, conocen un mundo de anécdotas, creencias, melodías, poesías, pero lo más importante: han cocinado todos los ingredientes en su salsa, tienen personalidad en lo individual, en el barrio. Y sin embargo sienten que el reconocimiento social vendrá con alguna "chapa". Es obvio, en la Argentina volvieron los títulos honoríficos, muchos desean que les llamen "doctor", como antes se era "duque".

A. V.: ¿Qué pasa con nuestras instituciones universitarias?. ¿Por qué cuesta tanto que se hagan presentes en las preocupaciones cotidianas de la gente?. ¿Cómo ves el papel del saber universitario academicista?

D. T. F.: Pienso que las instituciones educativas son víctimas de un sistema que aleja al ciudadano de su entorno, no han podido pasar ese umbral y sostienen un estado de cosas. Tienen autonomía pero terminan dependiendo del poder político o económico, hay grandes esfuerzos de algunos, pero eso no alcanza para revertir el proceso, y es gravísimo. Hay profesionales y docentes que necesitan mostrar la importancia de los conocimientos que ellos alcanzaron, porque de eso viven, y no pueden hablar de los asuntos de la identidad porque sencillamente no los conocen, o la educación formal no se los hizo organizar y poner en valor. Entonces terminan convencidos de que lo otro no tiene relevancia. Así es que en los ámbitos de la educación a veces se lava a las personas de identidad. Algunos miopes intelectuales creerán que el sapucay es un grito de borrachos, ya que a ellos, los "eruditos", el sapucay no les sale. O lo analizarán como una curiosidad antropológica, distante, para dar la necesaria palmadita de acompañamiento, desde el escalón más arriba que da la chapa. Descalifican lo que ellos no manejan. Incluso algunos buscan la identidad en ritmos que les sugieran algo más o menos emparentado con sus ideas políticas, es decir, subordinan el conocimiento profundo, los rasgos de la identidad, a sus devaneos intelectuales, a sus lecturas de fotocopias.

A. V.: ¿Creés que hace falta una política educativa que haga hincapié en la historia argentina y regional entonces?

D. T. F.: Educación integral, claro, que muestre las historias del mundo y las historias de la región, y sin compartimentos estancos. Pero no es fácil, porque hay estructuras perversas que se repiten en el tiempo, y los gobernantes no están dispuestos a tratar eso en las aulas. Entonces la educación cumple un rol conservador. No toca los feuditos, no va por la verdad. ¿Vos creés que el Estado actual aceptaría un libro de historia que hablara de la verdad? Tendría que hablar de la corrupción, de la connivencia político empresaria, del silencio de los "intelectuales", de las luchas obreras y campesinas, del abismo entre la opulencia y la

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

miseria, de los terratenientes, de la concentración de las riquezas en la banca, en el comercio, en el transporte, en la energía, en el campo, con apoyo de los partidos gobernantes. Tendría que hablar muy mal de los gobiernos que incumplen el primer artículo de la Constitución que manda república y federalismo, que cometen gravísimos atentados discriminatorios en un tema tan sensible como el trabajo, donde los que militan en la línea interna partidaria del gobernante tienen más chances que el resto de tener trabajo, aunque el sueldo lo pague el pueblo. ¿Cómo estudiaríamos a José Artigas de verdad, con personajes en el Superior Tribunal de Justicia puestos por el poder?. Si los entrerrianos estudiaran los esfuerzos, las vidas que se llevó la lucha por el federalismo, pelearían por el sistema elegido, no por este sistema de facto. ¿Haría la escuela de la perversidad de la economía extractiva que hambrea a pescadores y cazadores, que expulsa campesinos y hacina a las familias en barrios marginales, cuando esa economía favorece a los sectores aliados al poder? No. Entonces, a la educación formal no le conviene que se cante el cielito de José María Díez y el "Zurdo" Martínez: "Gobiernos y aventureros / declaman sus intenciones, / la provincia se lamenta / ser perdiz de perdigones. / Cielito, cielo que sí, / el cielo de los platudos. / Están en colchón de plata, / pobrecitos y desnudos". El poder alienta lo licuadito. Allí cantarán letras sin fundamento, pasatistas. Los poderosos no dejarán que en las aulas se hable de la pobreza y la indignancia al lado de la opulencia, de la expulsión de las pymes locales fagocitadas por multinacionales aliadas con los políticos. Tal vez un docente pueda usar cierta libertad dentro del aula, pero en general no habrá libros, no habrá documentales, películas, no habrá soportes de conocimientos, investigaciones, y menos va a haber planes que contemplen los asuntos importantes. La educación formal no habla de Cargill porque los gobiernos necesitan que el pueblo ignore a los monstruos que son amigos de los políticos. No hablará de los negociados que hicieron con el tren, porque a los negociados los hicieron los políticos. Y tampoco hablará de asuntos de la identidad que nos generen conciencia.

A. V.: ¿Creés que eso pasa también en planos no estrictamente económicos?

D. T. F.: Nosotros gastamos millones de pesos anuales en un suicidio cultural. Después de siete años de educación primaria y cinco de

secundaria, nuestra juventud sale sin distinguir a Raúl Barbosa, al "Cuchi" Leguizamón, a Juan L. Ortiz, a Walter Heinze, a Cesáreo Bernaldo de Quirós. Y tampoco distingue a Beethoven, a Bach, a Picasso... Podemos comprobar, con un simple sondeo, que los jóvenes no pueden decir mucho del significado de Paysandú en nuestra historia, de la Guerra al Paraguay, o de la revolución liderada por José Artigas, del reparto de tierras, del contenido profundo de las Instrucciones del año XIII. Porque si estudiaran esto, compararían con las estructuras de hoy y saldrían a prender fuego a todo. Y si conocieran mejor nuestros pájaros, peces, insectos, mamíferos, y nuestros arbolitos autóctonos, entonces a las multinacionales les costaría convertir nuestro territorio en un país dedicado a producir eucalipto o pienso para los chanchos de China. Porque eso es lo que hacemos: comida para los chanchos de otros continentes. Y eso nos empobrece, nos quita empleos, pero enriquece a los grandes grupos aliados de los políticos. No puede ser casualidad que nosotros no hablemos de Cargill, de Monsanto de Repsol, de quién se queda con la plata, lo que lleva a pensar que todo esto está planificado para que así sea. Porque a algún sector no le conviene que nosotros seamos conscientes de nuestra identidad. Por eso los políticos pueden ser reelectos varias veces, porque las estructuras perjudican a las mayorías pero los atornillan a ellos en el poder, y ellos controlan los principales medios de comunicación masiva y los contenidos escolares. Si en la Argentina hay un problema con los medios masivos, en Entre Ríos eso se multiplica.

Sin ánimo de exagerar, podríamos decir que la familia y los vecinos del barrio darían mejor educación que esa máquina alienante. Hice experiencias muy significativas para corroborarlo. Caminaba por calle Rivadavia en Paraná con alumnos de 15 o 16 años, y les preguntaba qué árboles eran esos, de flores rosadas. Nadie me respondía. Una sola alumna, una sola, me respondió que podían ser lapachos. Le pregunté cómo sabía, y me dijo que la abuela siempre "jodía con eso", porque decía "qué lindos que están los lapachos". Es un triste ejemplo de muchos que podríamos ofrecer, y que habla muy mal de la educación formal. Otro ejemplo: los alumnos de la escuela del Centenario no saben (en general) que los extraordinarios árboles de los patios de su escuela son tipas. La vez que talaron un bellissimo curupay que había nacido a dos metros de un piso de cemento, nadie, absolutamente nadie, supo decir qué especie habían cortado. No lo sabían, pero se mostraban interesados

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

en conocer. El problema no es la desidia sino la estructura estatal que aceita el desarraigo, que distancia al hombre de sus circunstancias.

Muchas veces el docente tiene libertad a solas con los alumnos, y no sabe qué hacer con esa libertad, o se engaña con un voluntarismo que es para aplaudir de pie, pero que no modifica la tendencia general. Lo mismo nos pasa a muchos periodistas, no sabemos cómo usar la poca libertad que podemos encontrar. Hacemos más de lo mismo. El periodismo en Entre Ríos es un placebo, es difusor de lo que el poder necesita difundir. Y la educación cumple el fin exactamente contrario del que predica. Con excepciones, claro, y pese a los esfuerzos de muchos por revertir esto.

A. V.: ¿Qué les recomendarías a esos jóvenes que leyeran, en materia de historia? ¿Por ejemplo, qué historiador le dirías que leyeran?

D. T. F.: En general, los conocimientos que nos permiten acercarnos a nuestro entorno, sabernos parte de un todo, no están al alcance de los chicos y adolescentes. Esos libros que nos permitan darnos la posibilidad de amar la historia, los pueblos, las luchas, la naturaleza, el arte, las creencias, están bastante dispersos, o son conocimientos mechados en obras presentadas con lenguajes impropios. Yo no tengo un libro para sugerir, son decenas. Me acuerdo de un capítulo de *Tierra Mía*, de Capdevilla, que se refiere a Paraná. Y *La Forestal*, de Gastón Gori. Y *Garibaldi en Entre Ríos*, de Amaro Villanueva. Hay que leer a Juan José Rossi. Hay que leer las obras de Carlos Natalio Ceruti, lo que se consiga y lo que se publique en el futuro. Hay que leer obras sobre José Artigas, hay autores de hoy en el Uruguay, Abella y Maggi, resistidos por los historiadores clásicos... Pero insisto, hay muchos autores sobre temas puntuales, muchos, y los datos están dispersos. Un ejemplo clarísimo: en los últimos diez años se escribieron varios tomos sobre la diversidad natural en Entre Ríos, con la intervención de más de cien científicos de todo el país. Son aportes extraordinarios, diría maravillosos. Pero están redactados para científicos, con nombres científicos, no son para los jóvenes, ni para el hombre común que va de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. El estado no divulga los conocimientos, y los particulares no tienen en general recursos. Las grandes empresas no lo harían, porque el día que eso se estudie con espíritu de búsqueda de la verdad, esas

empresas serán puestas en el banquillo.

A. V.: ¿Cómo ves la relación entre la historia y el periodismo, o entre historiadores y periodistas?

D. T. F.: Hay muchas personas que ejercen el oficio de la difusión, pero que son llamadas periodistas. Es un problema grave que sufrimos los entrerrianos. Los espacios suelen estar copados por operadores partidarios que se hacen llamar periodistas. Ahora, dentro del periodismo sufrimos también el desarraigo, es decir, la tendencia mundial a contar noticias sin contexto. La noticia ha pasado a ser entretenimiento, ni siquiera divertido, pura morbosidad. No es un problema nuestro sino general. Hemos leído mil noticias sobre ataques de israelíes a palestinos y de palestinos a israelíes, pero no tenemos tiempo para conocer por qué. No debemos engañarnos, la noticia nació como relato esculpido en una columna para ensalzar al general, o como aviso clasificado en los puertos del norte de Italia. Así que de entrada no debíamos hacernos muchas expectativas. Yo pienso que tenemos que cambiar el concepto de noticia, si queremos resistirnos a la debacle, y abandonar esa tendencia tan generalizada a dar por supuesto que el lector, el oyente, el televidente, ya saben de qué se trata. Porque el concepto actual parte de un engaño colectivo, que consiste en presuponer que sabemos. Entonces, el nuevo concepto nos exige salir de las presunciones, o de la holgazanería. Si nuestros lectores no lo saben, aunque esté en internet, tendremos que reconocerlo y hablar de eso, de lo profundo, de lo que llamaríamos contexto histórico, geográfico, político, en fin, contexto integral. Este tema me resulta apasionante: la incorporación del contenido profundo en la noticia, y la incorporación también del futuro. Para mí la noticia debiera tener esos dos planos, pasado y futuro. A veces el presente tiene importancia relativa. Por ejemplo, la muerte del archiduque Franz Ferdinand heredero del trono austrohúngaro, en 1914, es un magnicidio, y como tal, trascendente para la noticia, irá como principal en la sección de internacionales y llevará media página. Pero si el periodista hubiera alcanzado a ver lo que ese crimen puede desatar, estamos hablando de la guerra mundial, será entonces título principal de la portada y contará con dos o tres páginas.

En términos generales, la prensa no toma las posibles consecuencias de un acontecimiento o una declaración, no analiza las distintas

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

derivaciones o por lo menos no pone el acento allí. Y los párrafos que dan a la noticia un contexto histórico, cultural, artístico, son censurados. Tengo varios ejemplos, porque he padecido esa censura en lo personal. Recuerdo que una vez estaba escribiendo sobre una propuesta de llevar un basurero nuclear, o algo así, a Rosario del Tala. Mi nota consignaba desde el tercer párrafo que en Rosario del Tala había vivido nada menos que Atahualpa Yupanqui, a orillas del Gualeguay, y que escribió y musicalizó varias obras sobre Rosario del Tala, con lo cual agregaba "perlitas" vinculadas a esa información fundamental. Es conocido el respeto, el amor de Yupanqui por la naturaleza, por la vida en armonía, en las antípodas de lo que podría ser un basurero nuclear. Al momento de recortarla por razones de espacio, en Buenos Aires, Yupanqui fue guillotinado. El poco esfuerzo mío quedó anulado por la estructura, que desarraiga la noticia. Esa no fue una excepción, esa es la regla. La noticia va sin contexto profundo, y a las columnas extensas no las lee el pueblo porque no tenemos tiempos, lugares, hábitos. Y es fácil comprender el origen del error: para el periodista, la novedad era la intención de instalar un basurero nuclear en Rosario del Tala, pero con certeza el 90 por 100 de los lectores desconocía que allí había vivido Yupanqui, dato con el cual el basurero parecía una afrenta mayor.

A. V.: Leía hace poco unas páginas del historiador inglés Ian Kershaw, quien se ha ocupado de investigar el nazismo alemán. En esas páginas Kershaw decía que la mayoría de las veces los historiadores escriben más para su propia comunidad cerrada de especialistas que para el público en general y que por eso tienen suerte de que todavía haya gente que quiera leerlos. ¿Vos pensás que un historiador tiene que tener algo de comunicador también?.

D. T. F.: Me dicen los directores de los archivos más notables de Entre Ríos que pasan meses sin que esos archivos reciban la visita de un solo historiador. Por eso ellos piensan que aquí existen muy pocos historiadores. Nos queda Beatriz Bosch con 98 años de edad, pero que hace décadas que vive en Buenos Aires. Creo que si el historiador tiene aptitudes comunicativas es mucho mejor, porque no sólo buscará las causas complejas de un asunto, sino que las transmitirá de forma adecuada, y las sabrá relacionar con inteligencia. Lo que el historiador no puede hacer es extenderse demasiado en asuntos primarios, que el

ciudadano común desconoce. ¿Cómo hacer con una comunidad que durante años hemos lavado de historia? Esa comunidad puede rechazar los datos un poco complejos por la abundancia de novedades. Por ejemplo, un paranaense que viva en calle Mitre, cerca de Buenos Aires y Rivadavia, y al final vea el monumento a Urquiza en el parque Urquiza, ¿en qué condiciones básicas estará para comprender que esa calle Rivadavia debe llamarse, por ejemplo, Túpac Amaru? ¡Es mucho! ¿Cómo bajar de su pedestal al mayor estanciero, y colocar allí al verdadero líder de ayer y de mañana, José Artigas?

Entonces ahora vendemos como una curiosidad turística nuestras ruinas y nuestros pecados, por ejemplo el palacio San José, el palacio de un terrateniente, que llegó a tener un millón de hectáreas en Entre Ríos y las hizo de la peor manera, negociando con todo. Porque mientras el pueblo argentino no quería ir a matar paraguayos, en la guerra contra el Paraguay, Urquiza los obligó porque le convenía a su empresa, vendiéndoles caballos e insumos para la guerra. Ese es el tipo que tenemos en los monumentos, en las calles, y como no sabemos qué paso en Paysandú, ni sabemos qué pasó con el "Chacho" Peñaloza, le terminamos cantando la marcha de Entre Ríos a "la Entre Ríos que Urquiza soñó". El desapego, aislarnos de nuestro entorno, ha dado buen resultado al poder. En alguna medida mucha gente tiene un apego natural a las cosas nuestras, por eso toca el acordeón, por ejemplo, pero las instituciones, los medios de comunicación y la estructura tecnológica hacen que no hablemos de nuestras cosas, por eso estamos en un proceso de retroceso.

A. V.: ¿En tu opinión, los medios de comunicación masiva pueden ayudar a reconstruir la historia argentina?

D. T. F.: De los medios de comunicación masiva habría que esperar muy poco. No nos hagamos ilusiones. Los medios dependen del dinero de grandes empresas, grandes bancos, y gobiernos más o menos corruptos, de allí no saldrá ninguna historia que no sea favorable a sus intereses, bien lejos de la verdad. No creo que los medios sirvan de mucho para la historia en la Argentina, y tampoco creo que haya que reconstruirla. Hay que escribirla. La historia argentina ha sido la historia del blanco. Aquí mismo, existen urquicistas, otros son jordanistas, otros mitristas, otros rosistas, pero todos han hecho la historia del blanco, no la del negro, la del indio ó la del gaucho. Y jamás la historia del obrero o del campesino. Jamás la historia del argentino como sudamericano,

"Hay intelectuales miopes que descalifican lo que ellos no manejan"

de la mujer argentina, afroamericana, kolla, sudamericana. Lo que tenemos es historia blanca, con excepciones, claro.

A. V.: Régis Debray dice que vivimos una era de mutación en nuestras formas de acceder al conocimiento, caracterizada por la imagen, lo efímero, la sensación, en detrimento de la vieja cultura del libro, la palabra escrita, la razón, la abstracción y la argumentación. ¿Cómo te parece a vos que influyen en la percepción de nuestro pasado, de nuestra historia, cuestiones como el vértigo de las imágenes, el ritmo veloz de lectura en internet, el *zapping* y el impacto audiovisual veloz y efímero, que son nuevos modos de apropiarnos del conocimiento?

D. T. F.: Es un tema que me supera, como tantos. Yo no sé cómo se puede pensar y avanzar en complejidad sin palabras. El hombre no precisa velocidad ni cantidad para vivir y desarrollarse, necesita armonía y paz interior. Entonces yo creo que el *zapping* y el vértigo de las imágenes son nocivos. La verdad, debía ser más interesante conversar con un hombre que viajaba a Tucumán en carreta durante veinte días, que con un tipo que viaja en avión durante media hora. Ahora, la red de internet es otra cosa. Internet es una herramienta, no sé qué haremos con ella. Si hoy la usáramos bien, daríamos vuelta el mundo como una media, pero en el mismo instante que pase a ser peligrosa, el poder se encargará de censurarla.

A. V.: ¿Creés que el formato audiovisual puede ser útil para promover un mayor interés por la historia? En este mismo sentido, ¿cuál sería tu opinión sobre los programas televisivos del tipo *Algo habrán hecho* que en su momento hicieron Felipe Pigna y Mario Pergolini?

D. T. F.: No sigo a Pigna, pero esos capítulos me gustaron mucho. Debemos aprovechar todos los resquicios que nos deja el sistema para promover un interés por los temas profundos, para conocernos. El lenguaje audiovisual es una vía para el conocimiento, que tiene un plus: resulta atractivo y encuentra canales para su difusión. Claro que no hay que engañarse, a veces una pizca de documentales le viene bien al sistema perverso para aparentar apertura y cultura. Diez horas de Marcelo Tinelli, Jorge Rial y Crónica no se sanan con media hora de Canela.

Ahora, hay que tener en cuenta otro asunto muy propio de la

Argentina: Buenos Aires siguió siendo capital como en tiempos de la colonia, con todas sus prerrogativas y sus vicios. Es un escándalo nacional si el 2 por 100 de las escuelas de Buenos Aires no tiene calefacción, pero a nadie en Buenos Aires le importa que el 100 por 100 de las escuelas de Entre Ríos no la tenga. Los intelectuales y políticos no están dispuestos a perder sus privilegios y su ascendencia. Muchos valoran las ideas o las personas del llamado "interior" pero lo hacen más como curiosidades, y siempre que no les empantane su autopista. Entonces no hay que esperar que Buenos Aires nos traiga algo distinto. Y menos un porteño como Pergolini. En el fondo, a ellos les interesan sus autopistas, y no les interesan los 25.000 kilómetros de caminos intransitables de Entre Ríos. El periodista debe estudiar este fenómeno para no caer en las trampas del sistema.

A. V.: ¿Qué periodistas de la historia entrerriana rescatarías y por qué?

D. T. F.: Sin dudas Olegario Andrade y José Hernández, porque nos dieron el más claro ejemplo de resistencia al poder demoledor de Buenos Aires, en varios temas, pero fundamentalmente en el de la guerra al Paraguay. Es decir, en el peor genocidio de nuestra historia reciente, la matanza de paraguayos, que tuvo varios episodios previos como la muerte de Peñaloza, el ataque a Paysandú, entre otros. El pueblo entrerriano resistió como pudo, no quería guerrear con los hermanos, y esos periodistas también comprendieron el momento. Por eso fueron llamados "los paraguayistas". En plena guerra, se pusieron del lado del supuesto enemigo. Los entrerrianos debemos rescatar esa entrega. Por supuesto que la historia oficial los sepultó. Y en las facultades de periodismo invadidas por porteñistas, de izquierda o de derecha, eso no se pone a la luz. Obvio que sí lo harán algunos profesores, sin duda, y con gran altura, pero son excepciones. En la actualidad hay varios periodistas con talento, mujeres y hombres que hacen esfuerzos. Algunos son aportes muy limitados a un barrio, a pocos ejemplares, a una FM. Creo que una de las vetas del periodismo que ha encarado Daniel Enz y un grupo de periodistas, cuando acepta el desafío de señalar la corrupción, es una perlita. Pero los sectores de poder manejan mucho dinero público en forma arbitraria, y han logrado neutralizar al periodismo. La corrupción es ley. Hoy mismo el periodismo está neutralizado, si no comprado, por el poder económico, político, judicial, financiero, corporativo, que van de la mano y son nuestros enemigos.